

EL SONIDO DE MI LLANTO

JOSE MANUEL SÁNCHEZ CHAPELA



Cuando en la altura los cielos aún no estaban nombrados y en lo bajo la tierra no había sido mencionada por su nombre, nada existía excepto el primigenio Absu que los engendró y el caos, Tiamat, del que todo fue generado. Las aguas se agitaban en un solo conjunto y los pastos no se habían aún formado ni existían los cañaverales. Cuando aún ningún astro podía verse, ninguno tenía un nombre cuando los dioses no se habían aún establecido. Entonces los astros fueron hechos visibles en medio del cielo...

ENUMA ELISH, tablilla primera.

1. Marcial

Madrid, 9 de Abril de 2011

Nada más llegar a casa Sebastián le dijo a Liliana que podía tomarse la tarde libre, que no la iba a necesitar. Después se cambió y se encerró en su despacho; no quería que nadie le molestara ni le interrumpiera aquella tarde.

Una hora después continuaba prácticamente en la misma posición: inmóvil, pensativo, ausente. En frente de él, sobre la mesa de caoba de su despacho, reposaba una cartera de piel azul oscura que le había entregado un mes antes su amigo Marcial. Antes de decidirse a descorrer la cremallera superior y abrirla para extraer su misterioso contenido, rememoraba una y otra vez la extraña reunión que habían mantenido los dos, cuando acudió a su casa respondiendo a una urgente llamada suya.

—————

—Sebastián, tengo que pedirte un favor.

Marcial estaba sentado frente a mí en aquel sillón de cuero de su grande pero impersonal salón, vistiendo, como siempre últimamente, aquel viejo y horrible batín a cuadros negros y blancos con forma de tablero de ajedrez y que cada vez le quedaba más grande. Su antes elegante y abundante pelo canoso parecía ahora

un peluquín blancuzco desgastado, y de su antaño arrogante figura no quedaba más que algún gesto. Ni tan siquiera sus ojos mantenían el mismo brillo inteligente y burlón de antes; en ese momento lucían opacos, entreabiertos, como aletargados, y cada día se mostraban más apagados y hundidos. No pude por menos que pensar en que la evidente decadencia física de mi amigo iba pareja a la decadencia mobiliaria que se había producido en su vida desde aquella señorial casa salmantina de su infancia y adolescencia, plagada de aparadores oscuros de nogal, bargueños antiguos claveteados en oro, muebles isabelinos (al menos eso decía su madre), lámparas de cristal de Murano, camas con dosel, cuadros mostrando severos rostros barbudos, relojes afrancesados por doquier y cornucopias inútiles adornando las altas paredes de la casa; de aquella casa pasó al moderno, funcional, colorista mobiliario que Elena había elegido para el chalet del Escorial, reflejo de su dudoso gusto y, por último, al impersonal, triste, anónimo entorno que le había acogido en estos últimos años de su vida. La decadencia en ambos sentidos era más que evidente.

De fondo sonaba discretamente aquella música barroca que últimamente le acompañaba a todas horas. Esa música, unida a la poca claridad que había en aquella estancia por estar echados los visillos, daba un aire como de solemnidad o de liturgia religiosa a aquella extraña reunión. Yo le miraba pero no le reconocía; la enfermedad que tenía le estaba devorando. A pesar de ser yo médico, no estaba atendiéndole profesionalmente; no habría podido. No obstante, había seguido puntualmente el curso de toda la evolución desde que le detectaron la leucemia en el hospital 12 de Octubre año y medio antes y cuando, unos meses después, se complicó con una neumonía que tampoco había conseguido vencer. Tuve que hacer un esfuerzo para quitarme esos tristes

pensamientos de la cabeza y para concentrarme en lo que Marcial me estaba diciendo: lo del favor.

—Lo que sea, cuenta con ello —respondí mecánicamente evitando mirarle a los ojos. Marcial se incorporó un poco en su asiento con evidente gran esfuerzo, para continuar con lo que tenía pensado decir:

—Escúchame atentamente, Sebas, y no me interrumpas por muy extraño que te parezca lo que te voy a contar y a pedir. He tardado días en preparar esta reunión y no quisiera dejarme nada en el tintero. Intuyo que me queda muy poco tiempo de vida; me ha dicho el médico que nadie puede saberlo con exactitud, que quizá sean seis meses o quizá dos años, pero yo sé que no es verdad; lo noto: me queda muy poco, mucho menos de lo que me dicen —intenté meter baza en aquella deprimente charla, pero me cortó con un gesto de su mano— ¡Calla!, no me interrumpas, no quisiera escuchar más mentiras piadosas. De sobra sé que cada vez me hacen menos efecto las transfusiones de sangre que me ponen, y cada día que pasa estoy más débil. Por ello, he decidido hacer algo que llevaba bastante tiempo planificando. Mira, Sebas, de mi hermano y su familia voy a poder despedirme personalmente, al igual que de mis amigos y gente más allegada, pero no así de mi ex mujer ni de mis hijos y nietos y no hará falta que te explique los motivos.

«¡Maldita sea!», me dije, mientras me revolvía nervioso en mi sillón, aquella charla me estaba asfixiando, o quizá fuera aquel ambiente; no sabía qué hacer, si interrumpirle o dejarle desahogarse. Menos mal que tenía un vaso de whisky a mano, decidí dejarle seguir e intentar relajarme con un trago. Mi amigo siguió hablando: «Te ruego que no intentes contactar con Elena para contarle cómo estoy, ni tampoco pretendas ablandarla con melodramas o sentimentalismos; ella

es inmune a eso, y además, tampoco me gustaría que me viera en este estado, y con mis hijos, lo mismo; ellos sabrán lo que tienen que hacer. Sí que es cierto que me da mucha pena no volver a ver a Carlos, mi nieto, pero tampoco quiero que me vea así; prefiero que me recuerde como era antes. Por tanto, he pensado despedirme de otra manera: por escrito. He preparado unas cartas para todos ellos y también para algunos otros que han sido muy importantes en mi vida y quiero pedirte que te ocupes personalmente de hacerlas llegar a sus respectivos destinatarios cuando yo ya esté muerto.

Después de aquella frase se hizo el silencio. Él dejó de hablar por un momento y se incorporó, con gran esfuerzo, para echarse agua de una jarra que había dejado Fuensanta sobre la mesita de mármol del salón al empezar la reunión. Bebía lentamente, a pequeños sorbos, como un pajarito, mientras yo intentaba adivinar dónde iba a parar todo aquello, momento que aproveché para apurar lo que quedaba de mi copa de whisky (Chivas, como siempre), pero que a esas alturas ya solo tenía agua. «¡Mierda!, Fuensanta se ha llevado la botella. Prefiero beber a escuchar lo que me está diciendo».

Una vez recuperada la energía con aquel traguito de agua continuó el anfitrión: «Si alguno de los destinatarios se niega a recibir el sobre, debes explicarles que ya no pueden hacerme daño, que ya estoy muerto y que es muy importante para ellos lo que les indico en las cartas. En cualquier caso, debes entregarlas en el orden que se indica, sin saltártelo por ningún motivo. Mira, esa carpeta de piel que está sobre aquella mesa contiene las cartas —y dirigió mi atención con un dedo tembloroso y huesudo hacía el lugar exacto donde reposaba aquella especie de caja de Pandora, la misma carpeta que ahora tenía delante en la mesa de mi despacho—. El orden de entrega de los sobres viene

fijado en una hoja suelta que también va dentro. Cuando acabemos, llévatela y guárdala en lugar seguro hasta que llegue el momento. ¡Ah! y no le cuentes a nadie nada de lo que hemos hablado. ¿Podrás hacerlo? ¿Harás esto por mí?».

Yo aún seguía mirando en dirección a aquella carpeta de piel oscura que por algún motivo me daba escalofríos. ¿Qué clase de broma macabra estaba organizando? No sabía bien por qué pero intuía que aquello podía tener un gran impacto en mi vida. Aun así dirigí mi mirada hacia él y me emocionó ver su gesto implorante. Lo último que me había dicho se había quedado resonando en mi mente: ¿harás esto por mí?

—Claro, Marcial, cuenta con ello, pero antes tengo algunas preguntas, si no te importa.

—Adelante.

—¿Por qué yo?, ¿por qué quieres que me ocupe yo de esto? Ya sabes que desde que te separaste no he vuelto a tener ningún contacto ni con Elena ni con tus hijos. Además, está tu hermano; se podría molestar por ocuparme yo de tus últimos deseos.

—La respuesta es muy sencilla: te he elegido porque eres mi mejor amigo y porque confío en ti, y porque creo que eres la única persona que puede llevarlo a cabo. ¿Te parece poca explicación? Mira, Sebastián, necesito que mis hijos sepan lo que pienso de ellos, lo que pienso de mí y lo que pienso de todo lo que nos ha sucedido. Igual pasa con el resto de los destinatarios: necesito comunicarme con ellos; hay muchas cosas que quiero contar. Así podré morirme más tranquilo. Llevo cinco años viviendo en soledad, cumpliendo mi condena recluido entre estas cuatro paredes y creo que al menos me merezco la posibilidad de despedirme por escrito de mi gente. En cuanto a lo de mi hermano Lucas, no te

preocupes por él; te aseguro que sabrá respetar mi decisión—después de esta larga parrafada volvió a beber un poco de agua. Estaba agotado.

—Sigo sin entender muy bien de qué va todo esto, pero lo haré. De todos modos, ¿qué coño es eso de que te vas a morir pronto? La soledad te está volviendo majara. Escucha, payaso: conozco yo enfermos con leucemia detectada hace más de diez años y que nos van a sobrevivir a ti, y a mí, y lo de la neumonía, que sepas que hace tiempo que se controla perfectamente con antibióticos. Nunca debería haber permitido que te encerraras aquí como un enclaustrado, ni que te metiera mano esa bruja de Conchita. ¡En buen momento te la recomendé!

—Deja de decir tonterías y deja a mi siquiatra en paz, que ella no tiene la culpa de nada. Bueno, de una cosa sí que la tiene: de haberse enrollado contigo; que hace falta tener mal gusto.

—Ahora sí que veo lo mal que estás, realmente mal, pero de la cabeza... Está bien: me llevaré esa carpeta con tus regalitos “post mortem”. ¿No se dice así en terminología jurídica?, y prometo convertirme en el cartero más eficiente de Correos. ¿Quieres que te envíe los acuses de recibo a alguna parte?

Aquello sí que arrancó por fin una sonrisa de mi amigo, y decidió seguir el juego, como hacíamos antes, como si no hubiera pasado nada.

—Pues sí, mándamelos a casa de tu prima Encarna. Ya sabes que últimamente me gusta pasar las noches allí.

En ese preciso momento había entrado en el salón Fuensanta, sigilosa como siempre, igual que una sombra, a pesar de que ella era cualquier cosa menos menuda, pues era una mujer alta y robusta. Sabía que ella era de Madrid, por habérmelo contado Marcial, pero en una ocasión la oí decir solemnemente: «Mis

antepasados provenían de Zamora», como si eso lo explicase todo, como si eso justificase su adusta expresión y su exagerada austeridad.

—Voy a hacer como que no oigo nada. Por mí pueden seguir con sus bromitas y picardías, que parecen ustedes dos niños chicos —y se dirigió hacia una de las ventanas para descorrer los visillos y permitir que entrara más luz, lo cual nos permitió divisar por un momento a través de los cristales un trozo de cielo azul —¿necesitan alguna otra cosa, algo de beber, o de comer?

—Gracias, Fuensanta, trae la botella de whisky, y más hielo —respondió el dueño de la casa que, por lo visto, se había dado cuenta de mi desazón por el estado de mi copa.

—¿Y qué pasa si me muero yo antes que tú?, ¿qué hago con eso? —una vez asegurado el suministro de bebida, quise volver “al tema”. No sabía por qué, pero aquella historia de las cartas no me estaba gustando nada.

—En ese caso haz que alguien me envíe de vuelta la carpeta, que ya me buscaré otro repartidor más sano. ¡Ah!, hay otra cosa, pero esta es más sencilla —mi cara debió reflejar el recelo que sentía ante esta nueva sugerencia. ¡A ver por dónde salía ahora!— Se trata de que a la vez que le entregas la carta a mi nieto, le hagas llegar aquella caja que está allí, al lado de la librería, en el suelo —y volvió a indicar con su escuálido dedo un nuevo bulto misterioso depositado donde señalaba. Parecía una simple caja de cartón de aproximadamente medio metro de altura y más o menos lo mismo de ancho y que estaba perfectamente empaquetada—. En la parte de arriba pone su nombre, Carlos, para que no haya confusiones. He metido en ella una serie de objetos personales míos que quisiera que pasaran a sus manos y a las de su hermana y como yo no se los podré entregar, por favor dáselos tú. No sé si podrá llevárselos a su casa, ya me

entiendes..., no creo que fueran bien recibidos; por lo tanto, quizá debas buscar un sitio donde guardarlos hasta que ellos se puedan hacer cargo de las cosas. Háblalo con él; es un chico muy maduro y razonable. También quisiera que le entregaras mi telescopio portátil, que está guardado en su estuche al lado de la caja —. Yo no dejaba de mirar aquellos objetos de los que me tenía que hacer cargo—. ¿Recuerdas, Sebastián?, lo traje de un viaje a Inglaterra que hice con mi mujer hace unos 15 años. Os dije a todos que se trataba del telescopio de Newton y que lo había comprado en una subasta de objetos antiguos en Londres y alguno hasta os lo creísteis. La verdad es que es un telescopio precioso. Yo ya no podré ver muchas estrellas, al menos desde aquí, desde la tierra, pero él seguro que sí. Le encantaba cuando le dejaba mirar por el ocular desde la terraza de mi dormitorio en la casa del Escorial y le fascinaban mis explicaciones y mis historias sobre las constelaciones —noté cómo se emocionaba al recordar a su nieto—. Ese niño es una esponja. ¡No veas la de preguntas que me hacía!: «¿Y aquella estrella de allí cómo se llama, abuelo?, ¿y aquella otra? Anda, abuelo enséñame otra vez la constelación de Orión, a ver si encuentro el cinturón, y cuéntame otra vez lo del escorpión que picó al cazador... ¿Y cuál es la estrella más grande, y por qué unas brillan más que otras?... Espero que cada vez que lo use se acuerde de mí».

Dos semanas después de aquella reunión, Marcial tuvo que ser ingresado en el Hospital Rúber y diez días más tarde, falleció. Unas horas después de haber asistido a su entierro en Salamanca, me enfrentaba a aquella misteriosa carpeta de piel oscura. Yo estaba como atezado por los recuerdos y sin atreverme a abrirla.

Fue duro lo del hospital, más de lo que hubiera pensado, y no solo lo del hospital; lo de fuera fue incluso peor. Ahora ya puedo decírtelo Marcial: la verdad es que sí que llamé a Elena; la llamé desde aquí mismo, desde este despacho, unos días antes de tu muerte.

¡Hacía tanto que no hablaba con ella! ¿cuánto?, quizá cuatro años. Debo reconocer que me temblaba la mano el día que cogí el teléfono y la llamé a la casa de su madre en Ávila.

—Dígame.

Era ella, su voz, su tono; me la imaginé sujetando el teléfono, con aquel aire distinguido, arrogante, superior que tenía. ¡Qué te voy a contar a ti!

—Hola, Elena, soy Sebastián.

Silencio al otro lado de la línea.

—Eres Elena, ¿no? —insistí.

Más silencio, tragué saliva. Había pensado en diferentes tipos de conversación: cordial, tensa, insultante, lacrimosa, vociferante, corta, larga..., pero no en el silencio. Lo único bueno era que no había colgado... aún. Me armé de valor y seguí hablando.

—Verás, como podrás suponer solo te llamo por una causa urgente. Marcial está ingresado en el hospital Rúber de Madrid y está muy grave. Los médicos dicen que le quedan pocos días de vida, o incluso pocas horas. Aunque está muy débil ya, aún reconoce y puede articular algunas palabras. Te lo digo por si deseas ir a despedirte de él y para que se lo digas a tus hijos. Él no sabe nada de esta llamada; es más, me pidió que no la hiciera, pero yo he creído necesario hacértelo saber.

Ya estaba dicho, y además había salido de un tirón, sin atascarme.

—Hola, Sebastián —. Por fin se había decidido a salir de su mutismo. Al oír su voz me dio un escalofrío—, mira, te lo voy a decir muy clarito: siento mucho que se esté muriendo, pero no pienso ir a verlo. Lo nuestro acabó hace cinco años y ninguna enfermedad puede recomponer eso. Sería absurdo hacer ahora un paripé de lágrimas y de arrepentimientos y reunirnos todos llorosos en la cabecera de la cama como una familia unida en la que no hubiera pasado nada. Ya sabes que yo no soy ese tipo de mujer. Si no quieres herirle dile que no me has localizado. En cuanto a los hijos, yo no pienso decirles nada, pero si lo deseas llámales tú y que hagan lo que quieran, aunque ya sabes como piensan. ¿Algo más?

—Si, Elena, hay muchas cosas que me gustaría decirte, pero no sabría por donde empezar, y además son cosas para decirlas cara a cara, no por teléfono. Él no se merece...

Me tuve que callar. La línea hacía un momento que enviaba un molesto pitido, indicio claro de que al otro lado habían colgado y yo estaba hablando solo como un imbécil. Decidí que a pesar de todo debería llamar a sus hijos; no es que me ilusionara la idea, pero alguien debería hacerlo y ese alguien era yo. Tenía una extraña sensación, como un mordisco en el estómago, como si algo o alguien me estuviera arañando por dentro y también tenía los ojos empapados en lágrimas y si los días anteriores no había conseguido dormir, los siguientes no serían mejores. Pensé en Marcial, allí, hundido y perdido entre las sábanas blancas de aquella habitación del hospital. Estaba solo; siempre acompañado, pero solo. ¡Ojalá pierda pronto el sentido y no se dé cuenta de nada! ¡Ojalá no hubiera pasado nunca aquello!

Después de aquella conversación con Elena me fui al hospital. Le dije al taxista que me dejara lejos del hospital; quería pasear; necesitaba andar. Debería intentar quitarme de encima la opresión que me atenazaba en el pecho. “Tendré que andar con cuidado”, pensé, a la vez que me masajeara el costado izquierdo. “Quizá debiera volver a hacer una visita al cardiólogo”. Mientras me acariciaba el costado noté como me temblaba la mano.

Al entrar en tu habitación, la 224, me encontré de bruces con Lucas, tu hermano. Más al fondo, junto a la ventana, vi a Teresa, su esposa. También estaba Flora en la habitación, en la cabecera de la cama; bueno, como bien sabes, Flora estaba todos los días, o mejor dicho, todas las tardes. En cuanto acababa su trabajo en la notaría se venía para el hospital. Desde su posición me devolvió el saludo con una débil sonrisa. Tú hermano me saludó más fríamente. Ya sabes que nunca nos hemos llevado especialmente bien, debe de ser por mis ideas políticas, supongo yo.

—¿Cómo estás hoy, Marcial?, ¿van mejor las cosas? —te pregunté intentando representar alegría y optimismo.

Me pareció que tenías los ojos aún más hundidos, rodeados de un aura negro, pero que te animabas al oírme pues los abriste débilmente y sonreíste. Me hiciste un gesto con la mano que tenías libre de tubos para indicarme que me acercara más, que querías decirme algo. Te retiré por un momento la mascarilla que te cubría la boca y la nariz para poder oírte:

— ¿Qué ha pasado? No habrás llamado a... — tus ojos acababan la pregunta.

A pesar de la enfermedad, a pesar de la debilidad que tenías, seguíamos teniendo aquella conexión tan especial: ni yo podía ocultarte nada, ni tú podías engañarme, aunque rara vez nos contábamos con palabras nuestros

sentimientos. Aún así preferí no decir nada. Fue tu hermano el que metió el dedo en la llaga (como siempre).

—¿Con quién has hablado, con esa cabrona? —me interrogó con su delicadeza habitual (también creo que es que no sabe preguntar de otra manera; debe de ser deformación profesional).

—Por favor, Lucas —dijo Teresa, sujetándole cariñosamente por la espalda, a la vez que me echaba una reprobadora mirada, como diciendo: “¡No, aquí no!”, ¡como si hubiera empezado yo con la discusión!

Le miré fría y fijamente por toda respuesta, y volví mis ojos y mi atención hacia mi amigo.

—Tranquilo, Marcial —le contesté—. No he llamado a nadie y si tengo mala cara debes saber que motivos no me faltan, pero no me hagas contártelos aquí. Cuando salgas de este antro me llamas y nos vamos a comer a nuestro asador favorito en la carretera de Burgos y te lo cuento todo. Pero invitas tú, ¿de acuerdo?

Aunque sonreíste como aceptando mi explicación, mi respuesta debió sonar a falsa y supe perfectamente lo que pensabas: “Sebas, eres un puñetero mentiroso”. Pero a lo mejor sonreías porque lo del asador te había traído a la cabeza los buenos ratos que habíamos pasado allí juntos y las largas sobremesas que habíamos tenido con la pandilla del fútbol. Recordé que en más de una ocasión tu mujer, Elena, te dijo en mi presencia frases del tipo: «Vosotros dos deberíais haceros pareja de hecho, y cuando los amigos de “tu novio” (o sea, mis supuestos amigos de la izquierda) aprueben la ley que permita el matrimonio entre hombres, os casáis; hacéis una pareja estupenda». Pero no lo decía en mal plan. No; ella estaba mitad celosa y mitad divertida al ver la extraña felicidad y

complicidad que demostrábamos cada vez que nos juntábamos, o cada vez que salíamos juntos de casa para ir al Bernabéu, o a echar la partida de cartas o a una comida con los amigos, o cada vez que ella escuchaba nuestras risotadas, o nuestras discusiones, que de todo había. Recuerdo que al principio Elena venía muchas veces con nosotros, luego ya se fue alejando, o quizá nos alejamos nosotros. Por supuesto que tú tenías muchos más amigos, pero nuestra relación era especial y ella lo sabía.

Sin darme cuenta me vi mirando a Lucas. Yo creía entender el motivo de la aparente antipatía que me demostraba “Harry el sucio”, como a veces le llamabas; tan amigo como eras de poner mote a la gente (aunque mi mote de “el Chivas” no me lo pusiste tú; creo que fue Fernando “el Zurdo”). El motivo era porque pensaba que yo había tenido mucha culpa en lo que te había pasado. A sus ojos, yo no era más que un solterón crápula que no había evolucionado desde la época de estudiante de la Universidad y seguía siendo un idealista irresponsable y utópico (o algo peor). Esto no me lo estoy inventado, ¡eh, Marcial!, no; esto se lo he oído más de una vez y es lo que vi en sus ojos aquella tarde en el hospital.

Pero, ¡qué más daba! A mí me importaba bien poco lo que pensara tu hermano el comisario, a mí solo me importaba tu estado de salud. Tú no lo sabes, pero antes de entrar estuve hablando con la médico. De no muy buena gana me estuvo contando que ya no te hacían efecto las transfusiones y que tampoco eran capaces de eliminar la neumonía. El desenlace podría ser inminente.

Habías vuelto a cerrar los ojos, pero mantenías el mismo rictus de dolor en el rostro y la luz blanca que emitía el fluorescente situado encima de la cama resaltaba tu palidez cadavérica. Verte allí, entubado por todas partes, con una

sonda que te habían puesto para que pudieras desaguar y que desaparecía pudorosa bajo la cama para que no se viera lo que circulaba por ella; con una vía intravenosa en el brazo izquierdo y que como ya la habían tenido que cambiar de sitio varias veces, te estaba dejando el brazo plagado de moratones, como si te hubieran sometido a tortura, y que te enchufaba a esas bolsas transparentes llenas de líquidos que gota a gota iban estirando artificialmente los últimos días de tu vida; con esa mascarilla que te mantenía conectado al oxígeno como si fueras un astronauta; verte allí, tan pálido y todo huesos, que parecía mentira que pudieras seguir perdiendo peso: aquello sí que me importaba. De repente pensé: ¿Cómo será mi vida cuando él ya no esté?, y nuevamente mis ojos se nublaron y nuevamente deseé salir a pasear por las calles de Madrid y perderme entre la gente.

Cada vez que sonaba la puerta indicando que alguien iba a entrar me ilusionaba pensando que a lo mejor tus hijos habían decidido por fin acercarse a verte y a despedirse de ti, o incluso Elena, que podría haber tenido un arrebatado de generosidad; pero no, siempre se trataba de alguna enfermera que entraba para cambiar las bolsas de suero o para tomarte la temperatura (como si hiciera falta un termómetro para eso) o alguna auxiliar a lavarte o a cambiar la bolsa de orina, o para cualquier otra cosa, o de alguien que se había equivocado de habitación..., pero ellos no aparecieron.

Nosotros éramos amigos íntimos desde hacía muchísimo tiempo, desde antes de empezar la carrera en la universidad, en Salamanca; ¡hacía de eso tanto tiempo! Éramos muy diferentes, pero a pesar de eso estuvimos siempre muy unidos. Nada nos pudo separar: ni tu noviazgo con Elena, que nos cayó a todos tan mal desde el principio, ni la boda, ni tus hijos, ni la distancia física que ha

habido entre nosotros por motivos de trabajo, ni mis irresponsabilidades, ni mis rarezas, ni las diferencias políticas (eso era lo que peor llevaba de ti, Marcial, ¡que eras un buen carca!), ni lo del aborto de Silvia, ni lo de Susana..., ni tampoco pudo tu separación, ni la depresión tremenda que te entró y tu deseo de aislarte del mundo. Nada lo consiguió; bueno quizás una cosa si lo logre: la muerte.

Aunque en los últimos años ya nada había sido como antes, tú seguías estando ahí; podía hablar contigo, llamarte, pedirte consejos, recordar anécdotas, aventuras, ver algún partido juntos por la tele (hacía tiempo que ya no ibas al campo: “Me aburre el fútbol de ahora”, decías, pero la verdad era que ya te aburría todo), o simplemente estar juntos, incluso a veces hablando poco, o incluso en silencio. Últimamente te gustaba estar casi a oscuras, como difuso, ensimismado, en silencio (decías que te molestaba la luz), escuchando una y otra vez tu querida música barroca, que parecía que eso era lo único que te relajaba. «Cuando yo no esté quiero que te quedes con todos mis discos, a ver si te aficionas de una vez a la buena música», me dijiste. Ahora todo eso se va a acabar para siempre.

—————

Ya está bien de recuerdos, me dije, e hice un amago de abrir el maletín. Otra vez me había emocionado, otra vez tenía los ojos llorosos. Mira que en aquella preciosa iglesia de Salamanca y en el cementerio, me había portado; había aguantado como un hombre y no había soltado ni una lágrima...

Ya estaba en la Iglesia cuando sonaron las tristes campanadas lentas y espaciadas llamando a funeral, que trajeron a mi mente el que tuvo lugar por mi padre unos años antes en León. Aparte de por el sonido de las campanas, pocas más semejanzas hubo entre ambas ceremonias. Cuando el anciano párroco salía

de la sacristía con su casulla negra y el órgano iniciaba los compases de una sobrecogedora pieza de J.S. Bach, la Iglesia de san Martín ya estaba abarrotada de gente. ¿Quién habría tenido la idea de solicitar y seleccionar la música para tu funeral? ¿Lo habrías dejado así indicado tú? Seguramente no. Deduje que aquello habría sido cosa de Fuensanta o quizá de Flora. Esos tiernos detalles son más propios de mujeres. Tampoco me pegaba una cosa así en Lucas; y a mí ni se me habría ocurrido. Pensé en el tiempo que hacía que yo no entraba a una iglesia sin que la causa fuera un acto social: un entierro, una boda, un bautizo... Seguramente más de un cuarto de siglo. ¡Mucho más! Pero, curiosamente, siempre que daba comienzo la ceremonia de la misa se activaban en mi interior recuerdos hondamente grabados, y cuando el cura prorrumpía en oraciones o plegarias en castellano, a mi mente venían las mismas pero en latín. ¿Cómo era posible que no lo hubiera olvidado? “En el nombre del Padre... In nomine Patris et filii et Spiritu Sancti. Amen. Introibo ab altare Dei.” Cierto es que entre los 10 y los 15 años fui monaguillo, pero ¿eso era suficiente para quedar grabado a fuego en mi interior durante toda mi vida? Por lo visto, sí. “Yo pecador, me confieso... Confiteor Deo omnipotenti...”. Pensaba yo, mientras avanzaba la misa, que con el cambio del latín al castellano se perdió el significado mágico y misterioso de aquellas palabras. Ahora la gente puede entender los significados, pero aquellos sonidos llegaban más al corazón. “Gloria a Dios en las alturas...Gloria in excelsis Deo et in terra pax...”

Yo ya sabía que en Salamanca tu familia , los Gómez de Buendía, era muy conocida. También recordé en ese momento el entierro de tu padre, don Raimundo, sucedido siete años antes. Tuvo lugar en aquel mismo lugar, en

aquella misma Iglesia, y al igual que el día de tu entierro, un gran número de vecinos de esa ciudad asistieron al funeral.

Esta mañana me he situado discretamente en uno de los últimos bancos de la iglesia, al lado de Fuensanta, tu asistenta de toda la vida, que no ha parado de llorar durante toda la ceremonia, y desde esa posición pude pasar revista a la gente que estaba allí (y a la que no estaba, que también me fijé en eso). Desde aquel sitio podía ver bien a mi madre, que había venido con mi hermana Soledad desde León muy temprano. La vi más entera de lo que pensaba, pues la noticia de tu muerte había sido un golpe terrible para ella. “Mi cuarto hijo”: así te llamaba. Por supuesto que no aceptó quedarse conmigo en los últimos bancos. No, ella estaría en uno de los primeros. ¡Faltaría más! Mi madre jamás te había fallado, ¡jamás!, y menos mal que no estaba Elena. No sé yo qué hubiera pasado si se hubieran cruzado. ¿Cómo la llamaba?: “Esa mujer sin entrañas”, o algo así. En cambio desde donde estaba no podía ver bien a tus hijos, que por fin habían decidido, en un gesto de inmensa generosidad por su parte, acudir al entierro de su padre. Los vi al llegar pero no hice ademán de acercarme a ellos, ni ellos a mí, a pesar de haber sido yo el que finalmente les había avisado. No vi por ninguna parte al marido de Silvia, a Ricardo Miravete, pero no me extrañó (tampoco tú lo echaste de menos, seguro). Supuse que estaría metido en algún negocio de los suyos; ya me entiendes. También vi a Carlitos, que ya parecía un hombre: tan alto y tan elegante con aquel traje oscuro y aquella corbata negra que le habían puesto. Debería de tener ya catorce o quince años, pero estaba hecho un hombretón, alto y fuerte. Ya no se le podía seguir llamando Carlitos; ya era Carlos. Él sí se acercó a saludarme en cuanto me vio. Me dirigió tímidamente la mano, como con miedo, sin atreverse a mirarme a la cara, pero yo le atraje hacia

mí y le di un fuerte abrazo. A tus hijos se les veía claramente incómodos: la no presencia de su madre hacía que todo aquel que los saludara no dejara de preguntar por ella. «¿Le pasa algo a Elena?, ¿y vuestra madre, dónde anda?, ¿no ha podido venir o qué?», y ellos se deshacían en excusas como buenamente podían. Desde luego que ese día ella no había sido la mujer más popular y querida en la vieja ciudad de tus padres.

También podía ver desde mi sitio a Antúnez, a Mariano el trampas, a los dos Fernandos (el zurdo, y el de Sanabria), a Arístides el argentino, que nadie sabe como se había juntado a nuestra pandilla, a Avelino con su tercera esposa, Mari Carmen (¿o ese era el nombre de la segunda?) ¡Qué mujer más fea y más desagradable! Sonreí al recordar el mote que le pusiste, ¿te lo recuerdo?: “Marilyn Monroe”, porque Avelino nos había dicho que su nueva mujer era hija de un americano; bueno, por eso y por el contraste; también vi a Ginés, tu vecino, que había asistido con Mariola, su esposa, a don Epifanio, el no sé qué del colegio oficial de notarios de Madrid, y tantos otros a algunos de los cuales hacía años que no veía. También estaban muchos de la pandilla de la época de la facultad, como Nines: ¡Cielos!, me había costado reconocerla; lo hice porque estaba al lado de su inseparable amiga Pilita Muñoz y de Mayte la de Zamora que había venido sin su marido, a Arturo, que si no le hubiera visto con los otros no le hubiera reconocido, a Tinín, que ya casi no tenía pelo, a Flora; me extrañó que Flora no se hubiese colocado con sus amigas del curso; bueno, no se había colocado con nadie, estaba sola; parecía la viuda, todo de negro, perdida, desconsolada. Me dio pena verla así y pensé que debería haberme puesto con ella. También vi a Esteban con su nueva pareja, que por cierto, era un calco de la anterior y la anterior; todas se las buscaba iguales, todas extraídas de la “gauche divine de los

años 60"; a Roncero, que por lo menos había ganado 40 kilos; a Nicolás Serrano, tan llorón y sensiblero como siempre. Allí estaban todos, despidiendo a su antiguo amigo o camarada. Paco me había llamado desde Barcelona para decirme que no podía venir. Se había partido una pierna la semana anterior esquiando. ¡Quién le mandará a él!; lo suyo eran las cartas, no el deporte, ¡si lo sabríamos nosotros! También había vecinos de la urbanización del Escorial, otros compañeros de la facultad o de la profesión; todos recordando momentos pasados, momentos de fiestas o de partidas o de trabajo o recordando otras penas y otros funerales. En ese momento me vino a la cabeza el tema de la cartas de despedida: ¿Tendría carta alguno de ellos? Pronto lo sabría.

De repente la vi. Allí estaba ella, situada en uno de los últimos bancos, pero del otro lado de la Iglesia, con un pañuelo oscuro en la cabeza, con gafas negras, seguramente para esconder sus lágrimas, o para esconderse ella entera. Allí estaba Alba, al lado de una chica joven muy alta y muy guapa, que debería ser su hija. Alba, "la amante", como diría la gente arrastrando las letras si la reconocieran. "Esa mujer", "la golfa que lo embrujó", como diría Elena, escupiendo las palabras. "Mi galleguita", como dirías tú, Marcial, poniendo ojitos de adolescente enamorado. Yo no había vuelto a verla desde entonces: desapareció de golpe de tu vida y de la todos nosotros. Pensé en ir a saludarla al acabar la ceremonia pero cuando me decidí ya se había ido. Además, ella seguro que sí tenía carta: la vería pronto. ¿Cómo se habría enterado del fallecimiento y del lugar de entierro? Yo no la había llamado. Lo habría leído en el ABC.

"Creo en un solo Dios... Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem..."

Estaba ensimismado en esos pensamientos cuando tuve que volver la cabeza al oír el ruido quejumbroso que había emitido la vieja puerta de la iglesia al ser

abierta bruscamente. Vi entrar apresuradamente a la doctora Ramos (Conchita para los amigos), reflejando en su rostro y en sus gestos la turbación que le producía llegar tarde a un acto así y ser objeto repentino de todas aquellas miradas. Las nuestras se cruzaron un momento y le dediqué una de mis mejores sonrisas. Aunque estaba en una iglesia y por una causa tan triste, ello no me impidió alegrar mi ánimo con otro tipo de recuerdos relacionados con ella... Tras Conchita apareció la gruesa y seria figura de su marido, Venancio, y mi inoportuna sonrisa se esfumó. Al final te has ido sin decirme el mote que les tenías puesto a estos dos, aunque el de él seguro que lo acertaba. ¡Si te conoceré! Y de la homilía o como se llame eso, ¿qué me dices? Es una pena que te la hayas perdido. ¡Menudo discursito nos ha soltado el páter! ¿Le conocías? Lo dudo. Y cuando dijo aquello de: «Marcial era un hombre con unas enormes ganas de vivir», me dieron ganas de levantar la mano e interrumpir su charleta. «¡Usted no tiene ni idea, padre! ¿Ganas de vivir Marcial?, que era la persona con menos apego a la vida que he conocido; y eso por decirlo suavemente, que durante mucho tiempo estuvimos temerosos de que se quisiera suicidar». ¿Te acuerdas? Nos turnábamos en tu casa con las excusas más disparatadas para no dejarte solo. Y encima me dices que tengo que creer en la iglesia. ¡Menuda sarta de embusteros!, y perdón por el desahogo, que ya sé que tú siempre me decías que no había que confundir a la religión con sus ministros, cada vez que yo atacaba tu sentido religioso basándome en desmanes o simples meteduras de pata del clero. “Cordero de Dios que quita el... Agnus Dei, qui tollis peccata mundi...”

Yo seguía rememorando todo lo sucedido aquella mañana, quizás para retrasar el momento de abrir la cartera. Mis pensamientos me llevaron al cementerio. Lo siguiente que me vino a la mente fue la imagen de los operarios

trabajando mecánicamente para introducir en la cripta del panteón familiar el féretro, y procediendo luego a tapiarlo nuevamente, produciendo unos ruidos desagradables; ruidos que parecían amplificadas por el silencio reinante. Yo intenté evadirme y me distraje observando un poco más allá a una mujer que junto a una niña (supuse yo que sería su hija) limpiaba con una escobilla una lápida de algún familiar (el marido y padre, me atreví a especular) y después procedían a colocar cuidadosamente unas flores delante de una cruz de piedra que presidía la tumba. Desde donde estaba podía divisar una cadena aparentemente infinita de lápidas solitarias y grises, que quizá esperaban que alguien se acercara con un cepillo y unas flores a hacerlas compañía. También desde allí pude observar que entre las hileras de lápidas se intercalaban en ocasiones unos grandes y pomposos panteones familiares vigilados por alados angelotes y barbudos santos, que parecían estar proclamando que también en ese sitio había clases.

Después me fijé en que Alba no había acudido al cementerio; al menos no en ese momento. Supuse que ella habría preferido esperar a que nos hubiéramos marchado todos para poder estar a solas contigo. Imaginé que acudiría más tarde para depositar su ramo de flores sobre tu tumba; pero no encima o al lado de los otros ramos y coronas, no; ella pondría el suyo alejado, solitario, como escondido: un ramo anónimo, sin tarjeta, sin derechos; igual que había sido vuestra relación: siempre solos, siempre de espaldas a la sociedad, a la gente, siempre escondidos. Recordé que en una ocasión me habías contado que Alba no conocía Salamanca y que cualquier día la llevarías a visitar tu ciudad y que ibas a presumir de ella; bueno, realmente te gustaría presumir de las dos: de Salamanca y de Alba.

Elena y Alba, Alba y Elena: ¡Qué atractivas y que diferentes eran aquellas dos mujeres! Tu esposa, todo carácter, personalidad, temperamento, elegancia; la amante, dulzura, melancolía, melosidad. Elena: alta, morena, esbelta, guapa; Alba, menuda, muy blanca, discreta, sencilla. Elena y Alba, Alba y Elena; los dos nombres que habían marcado tu vida. Quizá hubiera habido otras, por ejemplo, Flora, pero nunca tuve claro qué había significado ella para ti, nunca quisiste hablar de ello. Que yo sepa, con nombre propio solo ellas: al menos eso es lo que pensaba, que muchas veces dudé de que te conociera a fondo. Elena y Alba, Vesta y Afrodita, Fortunata y Jacinta. Una inoportuna sonrisa se asomó a mi cara por aquellos improvisados símiles que me hubiera gustado compartir contigo. Seguro que ello hubiera dado origen a una discusión interminable y jugosa.

Pero nunca la llevaste a Salamanca, nunca la llevaste a ningún sitio. Me hablabas mucho de ella en aquella época, pero la tenías encerrada en un castillo, como si tuvieras miedo de que te la fuéramos a quitar. Miré al cielo: estaba plomizo y amenazaba lluvia. Además se había levantado un molesto viento que hacía bambolearse a los solemnes cipreses que enmarcaban el camino, y obligaba a las mujeres a hacer cómicos movimientos para sujetar sus faldas. No pude evitar una sonrisa al ver a "Marilyn" haciendo cosas raras con su vestido, nada que ver con la auténtica en aquella escena en la cual el viento que sale de no sé dónde le levanta las faldas. Los orgullosos árboles se mecían silenciosos y acompañados al ritmo del viento, como diciéndonos: "nosotros sí estamos vivos". Miré de nuevo hacia el panteón familiar donde ya estaban finalizando su triste trabajo los operarios. Por algún motivo me puse a pensar en qué pasaría con todos aquellos ramos de flores si finalmente se desataba la tormenta. O quizá realmente la tormenta ya se había desatado y aún no éramos conscientes. La

madre y la hija habían finalizado su visita al ser querido y se alejaban cogidas de la mano de vuelta a su casa.

Nada más acabar el rito del entierro me despedí allí mismo, delante de las verjas metálicas del cementerio, sin dejarme convencer por nadie para quedarme a comer. Mi hermana Sole se puso, como siempre, pesadísima: «no irás a marcharte ahora, de este modo; si no quieres ir a la comida que ha organizado su hermano, vámonos nosotros tres a comer, pero vamos, me parece feo no aceptar su invitación. Tú eras el mejor amigo de Marcial, no puedes faltar. Además, mamá tiene muchas ganas de hablar contigo, hay cosas de la fábrica y de los negocios que quiere comentarte». No me dejé convencer por ella por más que insistió; yo deseaba estar solo; necesitaba marcharme. También Lucas se acercó a nosotros e intentó convencerme de nuevo para que nos quedásemos los tres a comer con ellos. Había reservado mesa en un restaurante en las afueras de Salamanca, en la carretera de Valladolid, pero asimismo me excusé con él y con su mujer, Teresa. Les dije que no me encontraba bien y que tenía que volver pronto a Madrid. Mi madre y Sole sí que asistieron a esa comida. No me despedí de nadie más, ni tan siquiera de los amigos de la pandilla; la verdad es que me deprimía ver a la gente en animada conversación a la salida del camposanto, algunos incluso riendo y quedando para comer como si tal cosa. Vi que Flora también había desaparecido y por supuesto los hijos, que en cuanto acabó aquel engorroso trámite habían emprendido la huida.

Yo quería llegar cuanto antes a casa y enfrentarme con esta cartera, con tu encargo del demonio. Además, tampoco me apetecía nada empezar con el habitual intercambio de frases típicas y tópicos de cortesía en este tipo de actos, sobre todo con gente que hacía mucho tiempo que no veía: «Hola, fulanita, cuanto

tiempo sin vernos, oye, por ti no pasan los años..., qué cosas dices Sebas, tú que me miras bien. Oye, tenemos que quedar para vernos, que somos un desastre, ¿por qué no te ocupas tú de llamar a Paco y a Roberto y a Nines y a y organizas una comida. No podemos estar tanto tiempo sin juntarnos, que luego pasa lo que pasa», o los lacrimosos como el típico, «la verdad..., no somos nada, ¿quién nos iba a decir a nosotros que le iba a pasar esto a Marcial?» No podría soportar una ronda de frases de ese tipo y aún a riesgo de quedar como un grosero tomé las de Villadiego.

Como dije al principio, en cuanto llegué le di la tarde libre a Liliana, aunque antes de irse debería traerme al despacho la cubitera llena de hielo, mi copa y una jarra llena de agua. ¡Vamos, lo de siempre!, que ya se lo sabía ella de memoria. La botella de Chivas ya la cogería yo del aparador del salón. También debería traerme la caja de palillos. No quería que ningún ruido me molestara y menos que ninguno la inaguantable música que siempre tenía puesta en la radio aquella mujer, y que como se llevaba el aparato allá donde estuviera haciendo algo (o donde estuviera sin hacer nada) pues aquellos ritmos salvajes inundaban la casa, incluso a veces, muchas veces, acompañaba ella con su voz, como si estuviera en un karaoke. «¡Es música latina!, no es posible que no le guste, mi amo, le gusta a todo el mundo», me decía ella sonriente, mientras seguía moviendo sus hombros y caderas al ritmo de aquel merengue o lo que demonios fuera aquello. «¿No conoce a este cantante?, es chévere..., se llama Elvis Crespo...».

Después de ducharme y cambiarme me senté enfrente de la mesa de mi despacho. Por algún motivo me detuve a mirar con detenimiento aquella impresionante mesa decimonónica. Me relajó un poco su belleza, su perfección,

su elegancia; el pensar que aquella mesa había presenciado y vivido muchas crisis familiares y escondido en su regazo secretos inconfesables. Se trata de una mesa de estilo inglés del siglo XIX que mi madre me regaló a la muerte de mi padre. Era su mesa de despacho: la mesa de don Hipólito. Es un precioso mueble rectangular con las esquinas redondeadas, primorosamente fabricado de caoba, nogal y maderas amarillas (acebo, boj y limoncillos). Destaca su decoración en marquetería de madera amarilla con remates en cada esquina. Me lo sé de memoria porque he enseñado y presumido de ella decenas de veces: es la joya de la casa. Pues bien, una de sus características es que dispone de un compartimento secreto. En la parte frontal dispone de dos cuerpos de superficies lisas a los que están adosados dos pares de columnas jónicas en cada uno de los frentes. En la parte superior de las columnas de la derecha se encuentra, perfectamente disimulado entre los dos capiteles, un resorte metálico que, una vez activado, abre un cajón secreto ubicado abajo, a los pies de las columnas de ese lado. Pues bien: en ese cajón había yo escondido la cartera que me había entregado Marcial. La saqué y la coloqué sobre la mesa.

Antes de marcharse, Liliana volvió a pasar por mi despacho (yo creía que ya se había ido, pues hacía un buen rato que no oía su música). Había estado duchándose y arreglándose (bueno, lo que ella llama arreglarse, pues apareció ante mí comprimida su ya incipiente gordura en un vestido rojo algo ridículo por lo escaso) «¿No necesita nada más, señor?», dijo la mulata mientras sus labios carnosos y sensuales se abrían en una amplia sonrisa que dejaba ver sus perfectos dientes blancos. «No, Liliana, puedes irte». «¡Ah!, señor, debe saber que otra vez se ha metido conmigo el portero, el Javi ese. ¡Es un descarado! ¿Sabe usted?, me ha vuelto a decir esas cosas» «¿Qué cosas?» Nada más decirlo me

arrepentí, ahora debería esperar a que me lo contara. Puse cara de fastidio, pero dio igual. Sus ojos, que usualmente se mostraban tímidos y cándidos, en ese momento aparecían insolentes y furiosos; mejor la dejaba hablar. «Pues me dice de todo ese culicagao, señor; por ejemplo: que tengo más curvas que el circuito de Le Mans, o que estoy más rica que un bizcocho de chocolate, o ...» «Vale, vale, no hace falta que sigas, ya me hago idea de las cosas que te dice. No te preocupes, que ya hablaré yo con él. Anda, vete tranquila». Por fin se fue, con su andar lento y cadencioso y su continuo baile de caderas anuncio de tormentas tropicales; de todos modos si no fuera siempre tan ceñidita y tan cortita a lo mejor el portero la dejaba en paz..., o no. Tendría que hablar con él.

Fuera caía la tarde. Me di cuenta que debería de haber pasado un buen rato ya enfrascado en mis pensamientos, pues tenía las piernas como entumecidas, y la luz proveniente de la calle casi había desaparecido. La botella también mostraba, como si fuera un reloj de arena líquido, el paso del tiempo. Me levanté, me moví por el despacho para estirar las piernas, bajé las persianas, encendí la luz del flexo situado sobre la mesa y me apresté a enfrentarme con lo que fuera aquello.

Descorrí con cuidado la cremallera superior. Dentro había varios sobres grandes que extraje y esparcí sobre la mesa. También apareció un folio suelto que resultó ser la indicación del orden en la entrega. Sonreí al ver que el número "1" era para "Sebastián". Noté como se me aceleraba el corazón. ¡Otra vez el corazón! ¡Debería tranquilizarme! Había más sobres de los que había pensado y algunos eran bastante voluminosos. Todos eran blancos, todos estaban cerrados, y todos llevaban un nombre escrito a mano por fuera. Apilé los sobres siguiendo el orden marcado en el folio suelto y quedó a la vista encabezando la blanca

comitiva, el que mostraba en la cubierta: "Sebastián (1)". Sonreí abiertamente al observar que no faltaba en aquella escritura la firma de su autor: la "a" final no era una "a" normal; no señor, era una "a" de notario, o de escribano de otros tiempos; una "a" barroca y desubicada, más grande que las otras insulsas letras y con un rabo descendiente en forma de espiral, casi como un rabo de cerdo (con perdón). No pude evitar echar un rápido vistazo a los otros sobres y ver que en todos ellos la última "a" era idéntica a la del primer sobre. Aun después de muerto seguías gastando bromas.

Lo primero que advertí al abrir el sobre dirigido a mí fue que contenía una serie de folios escritos con ordenador e impresos por una sola cara y grapados, y que todos ellos estaban rubricados en un lateral con su barroca y sofisticada firma.

Me coloqué mis gafas, eché un trago (otro más), aspiré profundamente y comencé a leer.

Querido Sebastián:

Sí ya estás leyendo esta carta será señal inequívoca de que estoy muerto y habré dado comienzo a esta novedosa forma de comunicación unidireccional, la cual espero me permita alcanzar los objetivos que me propuse al escribir las cartas.

Sí has seguido fielmente mis instrucciones, ahora tienes en tus manos la primera de ellas, pero debo decirte que no es la primera que he escrito; de hecho, es de las últimas, por lo cual, al redactarla tengo ya una visión bastante amplia de lo que quiero decir con esta abundante correspondencia "post mortem".

Debo reconocer que me ha sorprendido alguna de las cosas que he escrito; es como si no fuera yo el autor de muchas de las opiniones expuestas o como si al escribir diera rienda suelta a pensamientos, o sentimientos, o incluso conocimientos que desconocía que tuviera. Esto me recuerda a algo que leí en una ocasión y que básicamente era que al ser preguntado en una entrevista un viejo escritor sobre el motivo por el cual continuaba escribiendo, éste contestó: "Escribo para saber lo que pienso". Creo que ahora entiendo perfectamente lo que quiso decir y espero que tú también me comprendas.

Bien, Sebastián, mi querido amigo, el que nunca me ha fallado: has de saber que a partir de ahora tendrás que apañártelas tú solo en la vida, tendrás que resolver tus problemas y lamer tus heridas y para empezar, deberás ocuparte en solitario de este extraño y caprichoso mandato que te ha caído encima, y esto me da pie para entrar ya de lleno en el objetivo de esta "primera misiva".

En la reunión que mantuvimos antes de mi muerte, en la cual te expliqué en qué consistía esta misión, no te lo conté todo. Sabes que durante algún tiempo me atormentó la idea de conocer quién había sido el delator de mi aventura con Alba, y que aquel deseo se convirtió en obsesión. Esto lo sabes bien porque lo compartí contigo varias veces y recuerdo que intentaste quitármelo de la cabeza (igual que mi siquiatra, Conchita; en eso también estabais sincronizados). Debo confesarte que en una ocasión le comenté a mi hermano Lucas esta preocupación mía, para pedirle ayuda y consejo, pues una de las opciones que barajaba era la de haber sido espiado por una de esas agencias de detectives bajo encargo de Elena, tal era la abundancia y exactitud de los datos que ella manejaba cuando me condenó, y supuse yo que él, Lucas, por su trabajo, podría aportarme luz en este asunto.

Lucas indagó al respecto entre sus contactos y me informó que no creía que hubiera intervenido ninguna empresa de detectives que me hubiera hecho objeto de seguimiento o de espionaje, por lo que la deducción lógica e inmediata es que tuvo que ser alguien de mi entorno más cercano, el cual, por motivos que se me escapan, decidió dar parte a mi esposa de los detalles mas escabrosos y ocultos de mi vida.

Ahora, lógicamente, ya he renunciado a conocer quien fue el delator, quizás tú, Sebastián, aprovechando las reuniones que vas a mantener motivadas por la entrega

de las cartas logres averiguarlo. Aunque yo no esté presente para que me lo cuentes, debes saber que pensar en la posibilidad de que tú descubras ese secreto me da un cierto consuelo. Me gustaría que todo el mundo supiera quién lo hizo, quién me denunció de aquella manera tan ruin sin darme opción ni oportunidad de defenderme y cuáles fueron sus intereses y motivaciones para hacerlo.

Sé muy bien de tu perspicacia y mano izquierda para sonsacar cosas a la gente; yo jamás pude ocultarte nada y siempre conseguías que te lo contara todo. Utiliza por favor todo tu ingenio para llegar hasta el fondo de este asunto. Sé que eres una persona muy entrañable y que la gente tiende a abrirse contigo.

Creo estar viendo tu cara de estupor al leer estas líneas. Estoy seguro de que al llegar a este punto ya estarás pensando: «¿Pero para qué querrá ahora ese chalado que se descubra quién fue el delator?, ¿a él ya qué más le dará?, y sobre todo, ¿y qué hago yo cuando lo descubra?, ¿tengo que matarlo?».

Tranquilo, Sebas, no tendrás que hacer nada. De ti solo espero, tal como te he dicho, que entregues cada una de estas cartas a sus destinatarios y una vez cumplido el encargo ya podrás descansar y olvidarte de este extraño amigo que no solo has tenido que soportar en vida, sino que después de muerto te sigue importunando. Sé que lo harás, del mismo modo que siempre has hecho todo lo que te he pedido y sin

esperar nunca nada a cambio; nuestra relación siempre ha sido muy especial, y si hubiera algún nivel por encima de la amistad allí debería ubicarte a ti.

También sé, porque te conozco, que ya habrás echado un vistazo a todos los nombres escritos por mi mano en el exterior de los sobres, y los tendrás ya ordenados, y que te habrá sorprendido alguno de los que aparecen e incluso alguno de los que no aparecen. De hecho, tu nombre aparece dos veces: una, al principio, la número 1, y otra al final, pero sé muy bien que tu integridad y lealtad te impedirá ir corriendo a abrir el segundo sobre que te he dedicado. No puedes hacerlo hasta que no llegue su momento. Mi capacidad de requerirte favores no conoce límites. Ya lo entenderás.

Te pedí que no contases a nadie este asunto, y estoy seguro que lo has hecho; pues bien, debes seguir actuando igual: con discreción. No debes decir a ninguno de los destinatarios quién ha sido el anterior o quién será el siguiente. Sólo deben saber que he dejado escritas una serie de cartas de despedida. Nada más. También quiero decirte que para cualquier tema que necesites puedes contar con la ayuda de Flora. Te lo aseguro, es una colaboradora increíble y, por supuesto, de lealtad total. No me importaría que compartieras con ella la marcha de este encargo. Decídelo tu mismo.

Con esto creo que queda cubierto lo que te quería contar en esta primera misiva. Quizá más adelante comparta contigo aspectos más íntimos, aquellas cosas que

debiera haber hablado en persona alguna de las tardes que venías a acompañarme, pero que, por un motivo o por otro, no me atreví a comentar. Sólo quiero adelantarte algo: he llegado al convencimiento de que cuando uno es feliz, se cree invulnerable, pues le cubre los ojos un hermoso velo de seda que le impide ver la vida en su totalidad, en su plenitud y sólo cuando la infelicidad y la desgracia le golpean, se derriba esa hermosa cortina protectora, dejándote al descubierto cosas antes ocultas; incluso o, sobretodo, en tus seres más queridos. Es algo parecido a lo que sucede con el enamoramiento: la realidad sufre una increíble transformación, que no sólo afecta a tu percepción de la persona amada, sino a todo lo que te rodea y te sumes en un estado de euforia similar a la embriaguez que distorsiona los contornos de la realidad cambiando tu percepción de todas las cosas. Yo, por fortuna o por desgracia para mí, he sufrido ese estado varias veces, y he pasado muchos años de mi vida ignorante de la auténtica realidad que me rodeaba, y ha tenido que darme la espalda la diosa Fortuna para despertarme de mi letargo y así, sumido en el dolor, poder meditar sobre la realidad de las cosas y el verdadero carácter y sentimientos de las personas. No pienses, ni por un momento, que por estas cosas que te digo las cartas van a ser una sucesión de lamentos; nada más lejos de la realidad, pues te adelanto que nunca en mi vida he estado más lúcido que ahora, ya tan debilitado y

tan cercano a mi muerte. Dicen los científicos que algunas estrellas enormes cuando agotan su combustible nuclear terminan contrayéndose y colapsando y, posteriormente, en un muy corto periodo de tiempo, explotan violentamente originando una enorme y preciosa luminosidad, para luego ir decreciendo hasta quedar tan solo un destello. De algún modo los humanos también somos polvo de estrellas, como todo lo que nos rodea, y por eso yo, que estoy a punto de colapsar, espero tener un instante de brillantez final para poder comunicar mis sentimientos y después, ya podré extinguirme en la noche estelar.

Si pensabas que iba a usar el espacio de estas cuartillas para repasar o rememorar tantos y tan buenos momentos como hemos pasado juntos, siento decepcionarte, aunque sí que aprovecho para decirte que el recuerdo de aquellos momentos me ha dado energía y felicidad en muchos instantes de desesperación por los que he pasado, pero ahora, amigo Sebas, se trata tan solo de dedicar mis últimos julios de energía a poner en orden mis ideas y mi vida y compartirlo con aquellos que han significado tanto para mí. Sé que tú sí dedicarás gran parte de tu tiempo a rememorar nuestras anécdotas, y ello me consuela, puesto que al hacerlo, de algún modo, seguiremos juntos.

Adiós y gracias, Sebastián; has sido el mejor amigo que he tenido en mi vida, y para mí, y eso lo sabes muy bien, la amistad es el bien más alto al que puede aspirar un ser humano.

Un fuerte abrazo de tu amigo del alma.

Marcial

Únicamente su alambicada firma, quizá de trazo menos seguro que en otros tiempos pero igual de solemne, parecía decirme que aquella comunicación se había acabado, pero la sensación que seguía teniendo era de que una tarde más estaba reunido con mi amigo, hablando de las cosas más variopintas.

Del mismo modo que estuve más de una hora mirando fijamente la cartera antes de decidirme a abrirla, al acabar de leer la carta estuve también un buen rato sin moverme, mirando, con un nudo en la garganta, aquella recargaba rúbrica y el nombre que aparecía debajo: Marcial.

«Todo esto es un juego, un macabro y estúpido juego a los que tan aficionado era Marcial. Me está poniendo a prueba». Noté que mi corazón latía alocadamente, y llevé mi mano izquierda hacía esa zona y volví a asustarme. Medité acerca de la facilidad y naturalidad con que hablaba él de su muerte, casi con ansia y que yo, por el contrario, no podía ni imaginar estar enfermo. Me ahogaba sólo de contemplar esa posibilidad. Debería hablar con mi cardiólogo antes de empezar con la tarea (y también con un siquiatra; quizá estuviera neurótico). Lo malo es que yo sabía que lo primero que iban a hacer era quitarme

la bebida y no estaba dispuesto a eso. Ya me habían quitado el tabaco hacía unos pocos meses y no creía que pudiera privarme de las dos cosas a la vez. Mejor sería esperar a que acabara el asunto ese de las cartas.

Ya se había hecho de noche y, con la excepción de la mesa, el despacho se encontraba en total penumbra. Realmente lo único que estaba iluminado era la última hoja y su sofisticada firma. Tampoco había ruidos en la casa: estaba solo. Él no había querido rememorar en aquella carta las cosas que habíamos vivido juntos, pero yo sí quería y eso me hizo sonreír. Aproveché esos alegres pensamientos para servirme otra copa. ¡Mierda!, ya no quedaba hielo. Pues sin hielo.

Recuerdo el día en que te comunicaron que habías aprobado el último ejercicio de las oposiciones a notarias.

Me llamaste por teléfono y me dijiste que fuera al Pio XI inmediatamente, que tenías algo que decirme. Se te notaba alterado. Yo estaba haciendo una sustitución en Aravaca y me venía fatal ir a Madrid ese día, aunque no me acuerdo por qué, pero el caso es que acudí a tu misteriosa llamada. Parecía algo urgente, aunque no quisiste explicarme por teléfono de qué se trataba. Cuando llegué al colegio mayor, me dijeron que estabas en la cafetería y allí me dirigí. «¡Sebas, ven aquí, mamón, que te estamos esperando! ¿A qué hora entras mañana a trabajar?» fue lo primero que me dijiste (a voces) en cuanto me divisaste. Estabas rodeado de gente, y había un barullo de miedo, a pesar de que a aquella hora (debían de ser las siete de la tarde) no solía haber nadie en el bar. Yo no entendía nada; sabía que estabas con los exámenes esos interminables que tenéis vosotros, pero como tú preferías no hablar de ello, pues yo tampoco preguntaba.

«Entro a las ocho, como siempre, ¿por qué?, ¿qué pasa aquí?», respondí. «Porque no sé si vas a llegar al trabajo mañana. Estamos esperando a Ricardo, a Gonzalo y al barbas, que son los que faltan, y en cuanto lleguen nos vamos a ir todos a quemar Madrid». El final de aquella frase casi ni lo oí de las voces que estaban pegando los otros. «¡Paco, ponle un whisky a este!» Este era yo, y entonces aún no tomaba Chivas; me valía cualquier cosa, hasta la porquería aquella que ponía el tal Paco. «Tío, qué haces ahí parado, felicita al nuevo notario» dijo acercándose a mí Eleuterio y dándome un empujón (el Lute, un eterno opositor a registros, que había ya anidado en aquel colegio mayor y que no parecía dispuesto a emigrar). Entonces lo entendí: ¡Lo habías conseguido! «¡No me jodas, “bigotes”, ¿has aprobado?!» y así empezó aquella tarde...